

12CE

Boletín

Año 7 - No 20 - 2021

CONFLICTOS POR LA TIERRA Y LOS RECURSOS NATURALES EN BOLIVIA



DEFENSA DE LOS TERRITORIOS

Avasallamientos y daños ambientales
Vs. tradiciones y reivindicaciones

La pandemia destruyó el turismo

Palos Blancos, el pueblo indígena desconocido en Bolivia

Tacanas protegen los árboles de castaña

El monocultivo de papa reduce la fertilidad de los suelos



PRESENTACIÓN

Esta nueva edición del Boletín DOCE, una iniciativa de Fundación TIERRA, presenta las experiencias de las y los participantes del tercer curso de formación y capacitación de Defensores de la Madre Tierra.

La mencionada capacitación se realizó a finales de 2020, en la localidad cochabambina de Quillacollo, y contó con la participación de jóvenes y adultos protagonistas en los territorios indígenas y en las comunidades rurales del país.

Durante el proceso de reflexión y aprendizaje, de dos jornadas, las y los participantes compartieron detalles de su vida cotidiana y cómo aprendieron a lidiar con las presiones en contra; comentaron cómo estas situaciones marcan sus vidas en torno a la tenencia del suelo, la preservación de sus costumbres y su supervivencia en espacios rurales, entre otras vivencias.

Los artículos recrean los momentos que enseñaron a las y los autores a cuidar su cultura y las características especiales de los territorios en los que habitan. Desde la selva amazónica a la cordillera valluna, se describe la vivencia de diferentes cosmovisiones del territorio boliviano.

Una de las autoras recuerda la lucha de su pueblo, por alcanzar el reconocimiento del Estado, como sucede con otros pueblos indígenas bolivianos; otra firmante nos recuerda que la vestimenta, las tradiciones y la producción agrícola, son una excusa para persistir ante la influencia de la vida actual, tan atractiva para los más jóvenes.

Sin más preámbulos, los invitamos a recorrer estos escritos, con el fin de ahondar en la búsqueda de acciones para cuidar y conservar los territorios bolivianos, matriz fundamental en la preservación de las culturas que fructifican en las comunidades campesinas y en los pueblos indígenas de Bolivia.



Este Boletín es publicado gracias al apoyo de Deutsche Welthungerhilfe y en alianza con la International Land Coalition (ILC).



tierra

ENI
BOLIVIA

ÍNDICE

- Presentación 02
- Sobre las y los autores 04
- La pandemia *enfermó* la oferta turística del Madidi
Autor: Rivaldo Apana 06
- Defensa del ecoturismo en Rurrenabaque con ojos locales
Autor: Jamil Janco 08
- Palos Blancos, el pueblo indígena ignorado que aún lucha por sus derechos
Autora: Ana Gabriel Pardo Torrez 10
- Acciones locales para detener el daño ambiental en San Miguel de Velasco
Autores: Antonia Méndez Taseo, Juan Cándido Casupa y Juana Manaca 12
- El cacao es el oro negro de Bolivia y es de los mejores del mundo
Autor: Teófilo Rivas 14
- Tacanas monitorean puntos de exploración sísmica para cuidar castaños
Autor: Pablo Alejandro Arauz Morales 15
- Estrategias para enfrentar la escasez de lluvias y la migración en Poroma
Autor: Mario Manuelani 17
- Los efectos del monocultivo en la serranía de Cochabamba
Autor: Félix Colque Siles 19
- Chuquisaca: preservación de la cultura ancestral para defender valores propios
Autora: Eulogia Pantoja 21
- Inundaciones en Carrasco, daños ambientales y económicos para las familias
Autora: Elizabeth Aguilar 23

SOBRE LAS Y LOS AUTORES



Elizabeth Aguilar Condori, nacida en Valle Sajta, municipio Puerto Villarroel, Cochabamba. Estudiante de Ingeniería en Transformación de Alimentos en la Universidad Indígena Boliviana Comunitaria Intercultural Productiva Quechua - Cochabamba (Unibol).

Rivaldo Apana Pariamo, nacido en la comunidad San José de Uchupiamonas, en el parque nacional Madidi. Estudiante de la carrera Ciencias de la Educación, segundo año, de la Universidad Mayor de San Andrés (UMSA).



Pablo Alejandro Arauz Morales, nacido en Santa Cruz de la Sierra. Biólogo con maestría en derechos indígenas y desarrollo. Trabajó en algunos proyectos relacionados con la gestión territorial con la CIDOB y varios pueblos indígenas de tierras bajas.



Juan Cándido Casupa Surubí, nacido en San Miguel de Velasco, Santa Cruz; en 2003 fue secretario general de la OTB Alta Mira, su comunidad de origen. Llegó a ocupar el cargo de cacique de la comunidad, en 2005; al año siguiente, 2006, fue secretario de Educación de la Central Indígena de San Miguel (CISM); en 2011 llegó a la vicepresidencia de la organización indígena; y, desde 2015, es el presidente de la misma.



Félix Colque Siles, nacido en la comunidad Montecillo Vizcachani (Cochabamba). Productor del campo y activista por los derechos de sus pares. Estudiante de Agronomía, desde 2019, en la Universidad Indígena Boliviana Comunitaria Intercultural Productiva Quechua - Cochabamba (Unibol).



Ana Gabriel Pardo Torrez, nacida en Palos Blancos, Sud Yungas, La Paz. Activista por los derechos del pueblo indígena Palos Blancos.





Jamil Janco Guzmán, nacido en Rurrenabaque (Beni), trabaja con organizaciones del lugar: Amazonian Alliance. Estudiante de la carrera de Turismo, sexto semestre, en la Universidad Autónoma del Beni José Ballivián. Voluntario en la Plataforma de jóvenes en acción del destino Rurrenabaque - Madidi y Pampas.

Juana Emilia Manacá Choré, nacida en San Miguel de Velasco, Santa Cruz. En 2008 fue representante de la provincia Velasco en el consejo educativo del pueblo originario chiquitano, CEPOCH; posteriormente representó a los consejos educativos de Bolivia. Estudió Liderazgo en la Universidad Mayor de San Simón, en Cochabamba, en 2009. Pasó cursos en la Escuela de Liderazgo, en 2017. Estudia Etnoturismo en Cochabamba.



Mario Manuelani, nacido en el Municipio de Poroma, provincia Oropeza del departamento de Chuquisaca. Productor del campo y activista por los derechos de los campesinos. Estudiante de la Carrera de Acuicultura y Gestión de Aguas, desde 2019, en la Universidad Indígena Boliviana Comunitaria Intercultural Productiva Quechua – Cochabamba (Unibol).

Antonia Méndez Taseo, nacida en San Miguel de Velasco, Santa Cruz. Es Gestora Educativa Comunitaria, con nivel técnico superior, por la Universidad Indígena Boliviana guaraní y de tierras bajas (UNIBOL) Técnico básico en Medicina Tradicional, grupo PACH. Desde 2015, trabaja en el gobierno municipal de su municipio como técnica en Desarrollo Productivo; en 2019 fue Subalcaldesa del distrito El Futuro. Actualmente es candidata a concejala de este municipio cruceño.



Eulogia Pantoja Campaña, nacida en la comunidad Mandinga, en el municipio chiquisacaño de Zudañez. Estudia Derecho, primer año, en la Universidad San Francisco Xavier de Chuquisaca. Actualmente, es secretaria de Recursos Naturales de su comunidad. Promotora de uso sostenible de la tierra y territorio y de los derechos de la Madre Tierra.

Teófilo Rivas, nacido en Cochabamba, desde joven migró por varios lugares del país; estudió en Sapecho, Alto Beni, Sucre y Potosí. Es el actual presidente de Copracao, entidad que aglutina a más de 8.000 cacaoteros de cinco departamentos de Bolivia: La Paz, Beni, Pando, Cochabamba y Santa Cruz.





La pandemia enfermó la oferta turística del Madidi

Autor: Rivaldo Apana

El turismo en el parque nacional Madidi, en el norte del departamento de La Paz, prácticamente desapareció el año pasado. La pandemia provocada por el nuevo coronavirus vació de turistas el albergue Chalalán Ecoledge, centro turístico ubicado en el corazón del área protegida boliviana.

La cuarentena y las medidas de confinamiento, decretadas en Bolivia y el mundo, para tratar de disminuir los contagios y las muertes provocadas por el virus diezmaron al turismo, sector que se convirtió en uno de los rubros más golpeados en el planeta. Durante 10 meses, el albergue Chalalán Ecoledge, hotel administrado por los indígenas San José de Uchupiamonas, mantuvo sus puertas cerradas.

Durante este tiempo, las más de 90 familias de San José de Uchupiamonas que viven en

el área protegida, perdieron el trabajo que garantizaba el sustento para sus hogares. Debido a que la principal actividad económica de estas personas quedó en suspenso, los pobladores viraron sus actividades hacia la agricultura, la caza y la pesca y la tala de árboles del bosque.

Antes de la pandemia, Chalalán recibía, cada mes, entre 40 a 50 turistas, nacionales y extranjeros; en promedio, el albergue tenía 1.200 turistas al año. El centro daba trabajo al 90% de los pobladores de San José de Uchupiamonas.

El proyecto turístico disminuyó la migración interna, además, los pobladores adquirieron destrezas que les permitieron brindar un servicio de calidad reconocido en todo el mundo, y ayudó a preservar las cualidades de

la reserva nacional, considerada una de las más biodiversas del mundo.

Pero en 2020, la situación cambió. A la par que los indígenas perdieron su herramienta de trabajo; las salas y cabañas de Chalalán quedaron abandonadas. Las cabañas del albergue sufrieron serios deterioros; lo mismo pasó con el resto de la infraestructura, como los senderos que se llenaron de maleza y otros espacios habilitados para que los visitantes pudieran disfrutar de la laguna que comparte su nombre con el hotel.

El proyecto turístico nació de la inspiración de un israelí, Yossi Ghinsberg, quien, en la década de 1980 llegó de visita al parque que aún no se llamaba Madidi —el área protegida fue creada en 1995. El visitante perdió el rumbo en medio del bosque amazónico y, cuando ya tenía pocas esperanzas de encontrar el camino de regreso, conoció a los indígenas de San José de Uchupiamonas, quienes rescataron al extranjero y, después, lo ayudaron a retornar a la “civilización”.

Con el tiempo Ghinsberg impulsó la fundación del ecoalbergue, espacio que se convirtió en refugio de miles de visitantes, principalmente extranjeros, deseosos de disfrutar de la naturaleza y sus desafíos.

Con los años, el proyecto turístico se consolidó, creció y abrió nuevas puertas a los indígenas. Por eso, a pesar del golpe sufrido en el último tiempo, los indígenas están dispuestos a

rescatar el albergue y a olvidar la pena sufrida en estos meses.

El pueblo indígena San José de Uchupiamonas sostuvo una asamblea general, el año pasado, para definir qué tareas podrían cumplir para rescatar el hotel y volver a tener visitantes. Entre las ideas compartidas en ese encuentro, los participantes decidieron impulsar una alianza con una agencia de turismo, América Tours, para que esta ayude a organizar las reservas de espacios en el ecoalbergue.





Defensa del ecoturismo en **Rurrenabaque** con ojos locales

Autor: Jamil Janco

El turismo ecológico para las comunidades situadas en los alrededores del municipio beniano de Rurrenabaque es vital. Su sostén económico depende de estas iniciativas. Por eso, los habitantes defienden esta actividad y esperan que el gobierno nacional deje de lado los proyectos hidroeléctricos que cambiarían por completo el paisaje y las cualidades de la región amazónica.

Para las comunidades indígenas que rodean a Rurrenabaque, el turismo ecológico se ha convertido en una forma de vida. Este municipio, edificado a orillas del río Beni, es una puerta de entrada a Bolivia. Anualmente, centenares de visitantes de todo el mundo llegan al lugar para disfrutar del clima, el paisaje y la gastronomía del lugar.





Los pueblos indígenas asentados en las inmediaciones de la localidad — en la reserva de la biósfera Pilón Lajas y el parque nacional Madidi, situado en la banda occidental del río Beni— han encontrado una oportunidad para generar recursos económicos.

Al menos 25 comunidades indígenas de tsimanes, mosetenes y tacanas llegan a Rurrenabaque para vender sus artesanías y, además, organizan paquetes turísticos para que los visitantes conozcan sus comunidades y disfruten de la vida en contacto con la naturaleza. Algunas de las comunidades más activas y cercanas a Rurrenabaque son: Real Beni, Carmen Florida, Villa Alcira y San Miguel del Bala, entre otras.

Estas actividades de ecoturismo son atractivas para los visitantes que llegan a este lugar. Los responsables de este tipo de trabajo tienen el propósito de generar ingresos económicos, sin alterar el equilibrio del medioambiente y evitar los daños a la naturaleza.

El ecoturismo se ha convertido en una herramienta de defensa de las cualidades ambientales de la zona, que ya forma parte del macroclima amazónico.

Riesgos

En 2016, el gobierno de Evo Morales, impulsó un proceso de construcción de represas en el

Chepete y el Bala, con el fin de aprovechar la fuerza de las aguas, para generar energía eléctrica. Este proyecto afectaría a las dos áreas protegidas de la región: Pilón Lajas (Beni) y Madidi (La Paz), a las comunidades indígenas y a los pueblos circundantes.

Como es de suponer, estas obras no eran populares entre los indígenas de la zona — municipios de Rurrenabaque (Beni) y San Buenaventura (La Paz)— porque devastarían el bosque amazónico y el río. Además, pondrían en riesgo los proyectos ecoturísticos.

Ante este atropello, las comunidades indígenas hicieron pública su protesta. Tras la renuncia de Evo Morales, el gobierno de Jeanine Añez descartó la mega obra y trajo alegría a la región.

Para este año, los indígenas esperan que el nuevo gobierno del MAS no resucite el proyecto. De lo contrario la lucha no terminará, porque los pobladores están unidos en la defensa del territorio y la madre naturaleza.





Palos Blancos, el pueblo indígena ignorado que aún lucha por sus derechos

Autora: Ana Gabriel Pardo Torrez

El pueblo indígena Palos Blancos reclama el respeto y reconocimiento a sus derechos ancestrales y territoriales. No obstante, este pueblo indígena, prácticamente, no existe en el imaginario boliviano.

La historia de Palos Blancos es similar a la de otros pueblos indígenas de Bolivia: durante cientos de años, sus integrantes han sido víctimas del avasallamiento y despojo de sus territorios ancestrales y, como consecuencia, su forma de vida está en peligro de extinción.

Esto se debe a que su cultura, idioma y formas de vida, en armonía con la naturaleza, no son reconocidos por otros habitantes. En el caso

del pueblo indígena Palos Blancos, estos se asentaban a orillas del río Beni para realizar diferentes tareas de siembra y pesca.

Pero el avasallamiento constante los ha despojado de gran parte de su territorio. A la fecha, el Estado no reconoce su existencia y la población no tiene una Tierra Comunitaria de Origen (TCO) que respalde su existencia y sus aspiraciones. La demanda de esta comunidad corresponde a un amplio territorio de la provincia Sud Yungas, de La Paz.

Los indígenas vivían en este sector de los Yungas desde hace cientos de años. Pero esta zona, en el presente, ha sido consolidada como propiedades privadas para interculturales que

ocupan predios, tanto en el área rural, como en la urbana.

Los migrantes que llegaron a la región no solo ocuparon el suelo, también adoptaron el nombre del pueblo indígena para bautizar el centro urbano ubicado en los yungas paceños; acción que arrinconó aún más a los indígenas. Después del despojo, este pueblo indígena logró consolidar, mediante protección jurídica, tres comunidades: Palos Blancos, Cantón San Miguel de Huachi y Popoy. En el presente, enlista a 165 familias.

Resistencia

A mediados del siglo XX, el pueblo indígena sufrió los mayores avasallamientos. Tras la revolución de 1952, las instancias estatales llegaron a la zona; en 1955 una comisión ingresó a la zona en una balsa que navegaba el río bajo la dirección de Enrique Bustillos, funcionario del Ministerio de Asuntos Campesinos. Esa comisión tenía el propósito de organizar al pueblo indígena como si fuera un sindicato agrario campesino.

En 1964 el pueblo indígena Palos Blancos sufrió otra presión. Las autoridades los despojaron de su territorio y repartieron las tierras entre los pocos que se quedaron en el lugar. Debido al conflicto, los indígenas dejaron la zona, porque, hasta el momento, ellos prefieren evitar la confrontación y prefieren internarse en los bosques.

Como resultado, el pueblo indígena quedó al borde de la extinción. Pero en 1990, durante la primera marcha indígena de tierras bajas, estas personas comenzaron a organizarse para asentarse en una nueva área.

Las familias decidieron vivir a orillas del río Inicua, en tierras fiscales colindantes con la TCO Masetén y algunas colonias de interculturales.

Pero en 2007 esta decisión, nuevamente, provocó problemas para los indígenas Palos Blancos. Comunidades interculturales reclamaron la propiedad del suelo y volvieron a desalojar a estas familias.

Una vez más, los indígenas dejaron el lugar, se internaron en la espesura del bosque y los interculturales quemaron los restos abandonados durante el desbande.

En estos años, la lucha no ha terminado, el pueblo indígena Palos Blancos no olvidará su demanda territorial y espera el cumplimiento de las normas nacionales, Constitución Política del Estado, e internacionales, Convenio de las Naciones Unidas, la Ley 169 y otras que les permitan recuperar sus derechos territoriales.





Acciones locales para detener el daño ambiental en **San Miguel de Velasco**

Autores: Antonia Méndez Taseo, Juan Cándido Casupa y Juana Manaca

Los habitantes del municipio de San Miguel de Velasco están preocupados por conservar su riqueza natural y, a la par, garantizar sus derechos territoriales; a pesar de la arremetida de propios y extraños que afectan su forma de vida.

Este municipio se encuentra hacia el este del departamento de Santa Cruz, está ubicado a 504 kilómetros de la capital departamental, Santa Cruz de la Sierra, alberga a 11.327 pobladores¹. Además del centro poblado, está dividido en 28 comunidades indígenas.

Esta región es conocida por sus tradiciones y cultura popular. El municipio ha sido declarado Capital Departamental de Tallado, en 2017. Antes, en 1990, la Unesco² dio el título de Patrimonio histórico cultural de la humanidad a San Miguel y otros, dos municipios de la Chiquitania: San Rafael y Santa Ana.

- 1 Según datos del Censo Nacional de Población y Vivienda de 2002; Instituto Nacional de Estadística (INE).
- 2 Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura

Las principales actividades económicas en San Miguel de Velasco son agropecuarias: hay cría de ganado bovino, equino y porcino; y cultivos de maíz, maní, yuca, plátano, frijol, caña, café, arroz y otros vegetales.

El municipio también tiene una variada riqueza forestal, propia de la región. Entre las especies destacan: tajibos, robles, cuchis, tararas, cedros, morados, curupaús, y sotos, entre otras.

Si bien este municipio alberga riquezas, su suelo es apto para el trabajo agrícola y sus habitantes son herederos de los conocimientos transmitidos en el período misional. La forma de vida local está en riesgo por, al menos, tres factores que ponen en peligro el medioambiente de la zona: avasallamientos a las tierras comunitarias de origen (TCO), incendios producidos por la mano del hombre y déficit de lluvias.

El territorio ha sido avasallado por grupos migrantes desde hace varios años. Desde



2011, estos asentamientos ilegales recibieron resoluciones que legalizaban su presencia y, como consecuencia, despojaron a los indígenas de predios en la TCO. Frente a estas acciones, los indígenas organizaron en San Ignacio de Velasco, en 2019, un gran cabildo de defensa de las tierras y el territorio. En esta manifestación participaron todos los municipios de la Chiquitanía.

Varias de las resoluciones que favorecieron a los foráneos (interculturales) se realizaron sin cumplir con las exigencias técnicas del Instituto Nacional de Reforma Agraria (INRA); por ejemplo, la pericia técnica de campo.

Como resultado, varios de estos vivientes han sido desalojados por la fuerza pública, en escenarios de mucho dolor e impotencia.

Los interculturales habilitan sus terrenos de cultivo realizando grandes desmontes en cientos de hectáreas del territorio chiquitano. Estas personas no consideran el daño ambiental y a la biodiversidad del sector, hogar del Bosque Seco Chiquitano, un sitio endémico de Bolivia y único en el mundo.

Los desmontes y la deforestación se realizan con peligrosas quemas de árboles valiosos que desaparecen bajo el poder del fuego incontrolado, porque los recién llegados no hacen obras de prevención de incendios. En

2019, la Chiquitanía, sufrió uno de los peores incendios de su historia; millones de hectáreas de bosque perecieron bajo el avance furioso de las llamas.

Además de la pérdida de la riqueza forestal de Chiquitos, las quemas influyeron en el clima y la lluvia escaseó. En 2020, no hubo lluvias durante nueve meses. Las comunidades no pudieron sembrar.

Los pobladores esperaban (a finales del año pasado) la llegada de las lluvias para iniciar el trabajo agrícola en sus chacos y, así, garantizar la cosecha de alimentos para su sustento propio. Pero la escasez de agua demuestra que hay un cambio climático descontrolado, como consecuencia de la deforestación y los incendios.

Ante esto, los habitantes originarios de San Miguel de Velasco tenemos una serie de ideas para defender el territorio:

- Hacer cumplir la Constitución Política del Estado, el convenio 169 de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), la Declaración de las Naciones Unidas sobre los derechos de los pueblos indígenas (2007) y las normativas vigentes de la Autoridad de Fiscalización y Control Social de Bosques y Tierra (ABT).
- Resistir el ingreso de nuevos asentamientos ilegales en el territorio municipal.
- Apoyar a las autoridades municipales para que establezcan una reserva forestal.
- Denunciar los desmontes y quemas ilegales.
- Capacitar a los habitantes para que se conviertan en bomberos voluntarios.
- Solicitar a las autoridades de turno que pongan en marcha proyectos de almacenamiento de agua en época de lluvias, con el fin de que las familias puedan cumplir los ciclos agrícolas y obtengan ganancias por su trabajo.

El cacao es el oro negro de Bolivia y es de los mejores del mundo

Autor: Teófilo Rivas / presidente Copracao

El cacao es el oro negro de Bolivia. El cacao orgánico amazónico, debido a su calidad, atrae valiosos recursos económicos para los productores que trabajan con estas semillas, y es un grano que ayuda a cuidar los bosques de tierras bajas.

En los últimos años, la producción de cacao boliviano creció y conquistó mercados exigentes, tanto dentro como fuera del país. En 2019, en el primer Salón del Cacao y Chocolate realizado en Bolivia, seis variedades del grano se posicionaron como los mejores del país. Tres años antes de esta selección, en 2015, tres variedades bolivianas fueron reconocidas entre las 50 mejores del mundo; en un encuentro internacional realizado en Francia. En el mercado interno, chocolaterías bolivianas, acopian las papayas procesadas en el área rural boliviana.

Los productores de cacao están agremiados en torno a la Confederación Nacional de Productores y Recolectores de cacao de Bolivia (Copracao). La entidad representa a unas 9.000 familias de pequeños productores campesinos e indígenas, distribuidos en cinco departamentos.

El trabajo de estas familias ha generado un movimiento económico de unos 153 millones de bolivianos en los últimos años.

A pesar de las características del cacao boliviano, los productores temen que este potencial no alcance el desarrollo esperado. La producción nacional no abastece a la demanda externa y es difícil cubrir las expectativas de los acopiadores internacionales.

Desde la Copracao, los productores esperan que el gobierno permita el aumento de más parcelas de cacao, en las tierras bajas, especialmente de las especies ganadoras de concursos, y así puedan responder a las expectativas del sector y de los compradores.

Desafío

La producción de cacao también beneficia a los territorios indígenas y a la conservación de los bosques, ya que la siembra y cosecha del grano requiere de ambientes limpios y saludables.

Sin embargo, la explotación de recursos auríferos en los ríos amazónicos pone en riesgo a este sector que, con su trabajo, se está convirtiendo en una opción laboral para los indígenas e interculturales que trabajan con la valiosa pepa negra.

A la fecha, Copracao está a la expectativa de que el gobierno de Luis Arce Catacora relance el Plan de cacao en Bolivia y, con este, fortalezca al sector que brinda oportunidades laborales a miles de bolivianas y bolivianos.





Tacanas monitorean puntos de exploración sísmica para cuidar castaños

Autor: Pablo Alejandro Arauz Morales

Los indígenas tacana defendieron su territorio y los árboles de castaña, vitales para su economía; mientras un proceso de exploración sísmica se realizaba en su territorio.

En 2016, y luego de un proceso de consulta previa, iniciado en 2013, y que no satisfizo completamente a los habitantes de la Tierra Comunitaria de Origen (TCO) Tacana II, los habitantes originarios y los responsables del proyecto de exploración sísmica 2D acordaron que cuidarían los castaños.

La TCO Tacana II abarca 342.930 hectáreas, está ubicada en el norte del departamento de La Paz, entre el parque nacional Madidi y la Reserva Manuripi, en la cuenca del río Madre

de Dios. En el lugar hay cuatro comunidades: El Tigre, Toromonas, Las Mercedes y Puerto Pérez.

Los indígenas no recibieron con agrado la decisión de que la estatal Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos (YPFB) promoviera, a través de la empresa china BGP-Bolivia, el proyecto de exploración sísmica 2D en su territorio, pero como este no fue detenido, finalmente, las partes involucradas acordaron que, para mitigar los impactos socioambientales, resguardarían los valiosos castaños.

Las partes confrontadas firmaron un acuerdo que, entre otros ítemes, determinó que los puntos en los que serían fijados los materiales de las detonaciones de la exploración sísmica, debían ubicarse a una distancia mínima de 40 metros de los árboles de castaña, además de otras áreas importantes: arroyos, barreros, curichis, salitrales, yomomales, lagos, lagunas y payoles, entre otras.

Con estas condiciones se realizó la fijación y, de acuerdo con la información recopilada en el campo, quedaron a salvo: 2.345 castaños;

44%, adultos; 21%, jóvenes; y el resto de edad indeterminada.

La labor de control y cuidado de la TCO estuvo a cargo del equipo técnico de Monitoreo Socioambiental Indígena (MSAI). En este conjunto participaron 46 indígenas, quienes recibieron el apelativo de monitores y trabajaron en duetos.

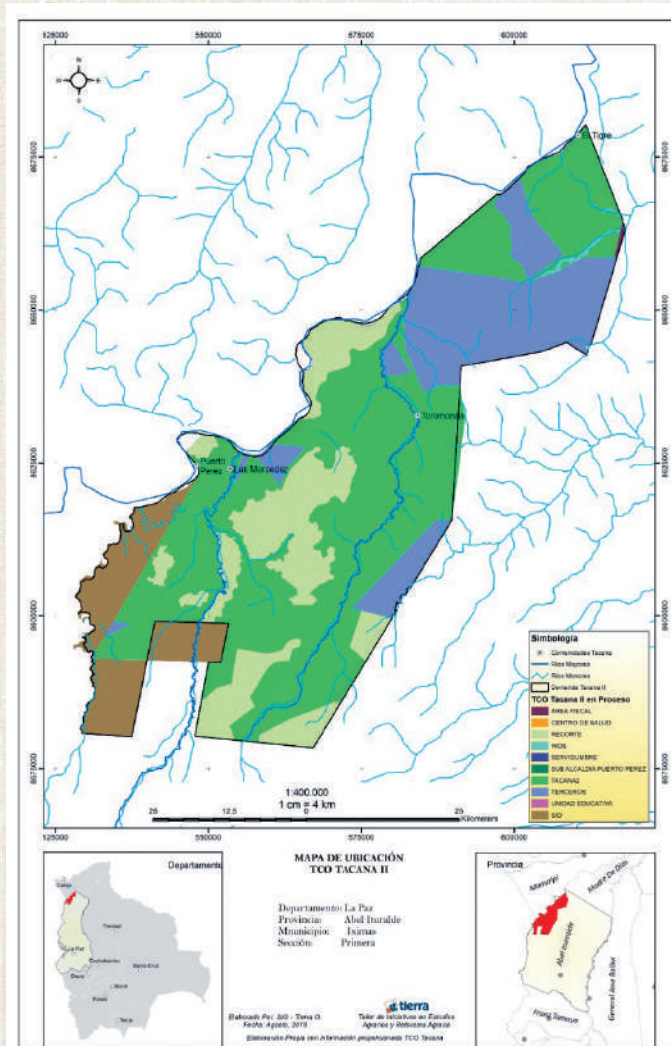
El trabajo de los monitores indígenas duró, aproximadamente 90 días, de julio a diciembre de 2016.

Al final, el registro de los MSAI encontró que 454 puntos de tiro no cumplían con la distancia prevista (40 metros de distancia). Las cuadrillas también identificaron 101 puntos de tiro que ponían en riesgo arroyos, quebradas,

curichis y nacientes de ríos que no cumplían la distancia mínima de 100 metros para las detonaciones, por lo cual fueron anulados para evitar cualquier afectación.

El equipo MSAI, de esta manera, cumplió con su cometido de proteger su territorio, defender los recursos naturales del área y, principalmente, cuidar la vida de los árboles de castaña.

Estos árboles son muy importantes para los tacana. La recolección anual de sus frutos es una de las principales fuentes de ingresos económicos para las cuatro comunidades de la TCO. Los pobladores venden las almendras a los comerciantes, acopiadores y beneficiadoras de castaña en Riberalta, Beni.





Estrategias para enfrentar la escasez de lluvias y la migración en **Poroma**

Autor: Mario Manuelani

El municipio de Poroma está ubicado en la provincia Oropeza de Chuquisaca. Este municipio se encuentra a los pies de la Cordillera Central de los Andes bolivianos entre el altiplano, al oeste, y las tierras bajas del Este.

El clima de la zona es de montaña, las temperaturas varían a lo largo del día, de templado a frío. La temperatura promedio anual es de 16° centígrados, y sube a 17° C en octubre y noviembre.

El promedio anual de lluvias es de unos 70 milímetros (mm) por metro cuadrado: en verano las lluvias pueden fluctuar entre los 100 y 150 mm; sin embargo, durante la temporada seca —mayo a septiembre— los valores mensuales pueden bajar a menos de 25 mm.

Estas precipitaciones son insuficientes para la región chuquisaqueña. En el caso de Poroma, la falta de lluvias es crónica y esto afecta el trabajo agrícola y pecuario de los más de 15.000 habitantes del municipio, quienes son, en su mayoría, de origen quechua.

Los comunarios han observado que, año tras año, la disponibilidad de recursos hídricos disminuye; los cuerpos de agua se achican y los ríos pierden caudal. Esta situación afecta el desarrollo productivo, las comunidades no pueden explotar la potencialidad del suelo. Por ejemplo, en las anteriores gestiones, varios productores intentaron producir chirimoya, pero los terrenos aptos para esta planta no disponían de fuentes de agua que garantizaran el desarrollo de las plantas.

Debido a esta deficiencia hídrica, la mayoría de los jóvenes migran de su región para buscar opciones laborales en la capital del departamento, Sucre, u otros departamentos de Bolivia; algunas de estas personas suelen regresar a Poroma en época de lluvias, para cumplir con el ciclo agrícola anual, aunque este no deje buenos réditos económicos.

Estrategias

Los comunarios quieren detener la migración, con acciones que ayuden a garantizar el éxito económico entre los agricultores. Las autoridades deberían ejecutar obras y planes de aprovechamiento de los recursos acuíferos de la zona.

Los productores esperan que los responsables de la materia realicen proyectos de cosecha de agua en las zonas más altas (cordillera); construcción de represas que permitan manejar el agua de los ríos para destinarla al consumo humano y animal.

Este tipo de proyectos debería incluir planes de reforestación del lugar; los árboles protegerían los cuerpos de agua, mantendrían la calidad de los suelos porque evitarían la erosión de la tierra y, por último, pero no menos importante, los habitantes no dejarían su lugar de origen y podrían cuidarlo durante todo el año, para evitar avasallamientos y conflictos por la tenencia de la tierra.





Los efectos del monocultivo en la serranía de Cochabamba

Autor: Félix Colque Siles

La producción agrícola en la comunidad Montecillo Alto afecta la calidad del suelo y pone en riesgo el modo de vida de los habitantes. Esto sucede porque los pobladores no realizan actividades de protección del suelo y, como resultado, este pierde fertilidad.

La comunidad Montecillo Alto, forma parte del municipio de Tiquipaya, en Cochabamba; está situada a 3.500 metros sobre el nivel del mar. Los comunarios son, principalmente, productores de papa.

En los últimos años, los agricultores se han dedicado al monocultivo de este tubérculo y, si bien, es propio de esta altura y clima, esta

tendencia también afecta la calidad de la tierra.

Los suelos han perdido nutrientes porque el monocultivo anual no permite que la tierra recupere sus cualidades naturales. El rendimiento de las cosechas ha ido mermando con los años.

Pero el monocultivo de papa no es el único problema en Montecillo Alto. Los comunarios, anualmente, preparan la tierra para la siembra de manera incorrecta; ellos queman toda la materia orgánica de la superficie del suelo porque consideran que son malezas inservibles y esta actividad elimina los pocos nutrientes

que sobrevivieron de otras temporadas agrícolas.

Además, el clima también afecta el trabajo agrario de la comunidad. La constante reducción de lluvias, en las últimas décadas, ha provocado que los ríos bajen su caudal y el suelo tenga menos humedad.

En este cóctel de problemas, las precipitaciones propias de la temporada húmeda –de enero a marzo– también causan daños. Las laderas se derrumban y el rebalse de ríos arrastra los macronutrientes del suelo; por ejemplo, fósforo, nitrógeno, potasio o calcio.

Frente a todo esto, los comunarios optan por ampliar sus áreas de cultivo, pero la tierra tiene un límite y las áreas desérticas crecen en cada gestión.

Para modificar esta situación, los agricultores tendrían que realizar tareas que no requieran grandes inversiones. En realidad, solo tendrían que recuperar prácticas productivas antiguas:

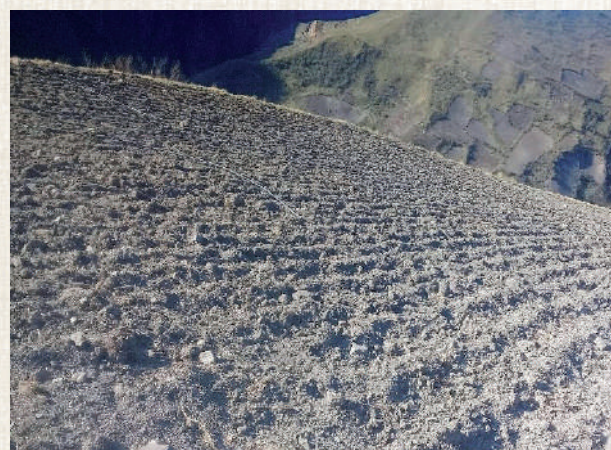
- Planificar que las parcelas descansen uno o dos años, para que el suelo tenga la posibilidad de recuperar su materia orgánica.

- Diversificar la producción a otros alimentos propios del lugar: oca, papa lisa, maíz, cebada, trigo, leguminosas u otros alimentos que también pueden aumentar los ingresos de los habitantes.

En caso de que se opte por la siembra diversificada, los trabajadores del campo también podrían rotar los cultivos, para que la calidad del suelo no vuelva a degradarse.



Estas serían unas alternativas positivas para los habitantes de la comunidad, quienes tendrían más productos para ofrecer en los mercados y, a la par, conservarían sus suelos y disfrutarían de una alternativa para mejorar sus reducidos ingresos económicos.





Chuquisaca: preservación de la cultura ancestral para defender valores propios

Autora: Eulogia Pantoja

La conservación de la cultura es la mejor herramienta para defender el territorio. Por ejemplo, en la comunidad Alisu Mayu, municipio de Zudañez, en Chuquisaca, los habitantes, especialmente los mayores, aún conservan la vestimenta tradicional y las costumbres heredadas de sus antepasados.

Empero, entre los jóvenes hay deseos de introducir cambios y hacer desaparecer los rasgos propios de su cultura. En todo caso, los padres están orgullosos de su herencia. Por eso aún utilizan su vestimenta tradicional: aymilla, ojota, calzón, lliqlla.

La discrepancia de generaciones también ha provocado cambios en el tipo de tejidos con los que fabrican la ropa. Hasta hace unos años, los comunarios elaboraban las telas con lana de

oveja tejida en telares artesanales; pero ahora, la población opta por comprar sus prendas en tiendas que venden este tipo de indumentaria.

Las actividades económicas de la zona son la agricultura y la ganadería, a pequeña escala. La mayoría de los pobladores siembra y cosecha productos propios del clima, generalmente frío: papa, maíz, trigo, oca, papa lista y otras hortalizas. Además, se dedican a la crianza de ganado bovino, caprino, ovino y porcino.

Con el propósito de conservar la calidad de los suelos, y evitar que estos se degraden, los productores practican la rotación de cultivos, utilizan abonos orgánicos, preparan atajados y diques para regular el riego.

Territorio

Los pobladores tienen posesión sobre la tierra que viven. La mayoría de los comunarios poseen título propio; en el conjunto, algunas mujeres lograron titular algunos predios, pero sus parcelas son pequeñas y están en predios no aptos para el cultivo.

A pesar del reconocimiento jurídico de la propiedad de las tierras, esta titulación no garantiza la sostenibilidad económico productiva para el futuro, ya que los herederos recibirán extensiones menores de tierra y, con el pasar de los años, manejarán solo minifundios.

El minifundio ya es una realidad para varias familias de la región. Varios terrenos no son lo suficientemente grandes para garantizar las tareas de cultivo.

Esta situación ha impulsado la migración de los más jóvenes, quienes se van a otros departamentos; Cochabamba o Santa Cruz.

Los migrantes dejan su comunidad con la esperanza de conseguir mejores terrenos para la siembra. Pero esas esperanzas son vanas. La experiencia les ha demostrado que van a sufrir como esclavos de otras personas.



Cuando los jóvenes regresan a la comunidad están decepcionados. Estas personas no tienen apoyo suficiente del Estado, su vida, lejos de casa, es precaria, ya que no logran garantizar ni la alimentación ni la vivienda.

Sin embargo, las dificultades no amilanan a los habitantes de esta comunidad, ubicada al sur del municipio chuquisaqueño. Por ello, con los años persisten insistir en conservar sus costumbres, como un ejemplo de persistencia ante las adversidades.



Inundaciones en Carrasco, daños ambientales y económicos para las familias

Autora: Elizabeth Aguilar

Los municipios, comunidades y sindicatos de la provincia Carrasco, en Cochabamba, soportan inundaciones cuando llega la temporada de lluvias y, entre otras cosas, estas provocan la subida de los ríos y, como resultado, las aguas arrastran consigo sembradíos, casas y dejan devastación a su paso.

Esto ocurre, en parte, porque durante la temporada húmeda, las lluvias intensas y los temporales inducen al rebalse de los ríos que ocasionan escorrentías (agua de lluvia que circula libremente sobre la superficie de un terreno) que saturan los suelos porque la tierra no puede absorber el exceso de líquido en el ambiente.

Esta situación es común para casi todos los rincones de Bolivia. Si bien la provincia Carrasco, con 19 sindicatos o comunidades, no es la excepción. Este texto describe la situación que viven las familias de las comunidades: Puerto Ichilo, San Salvador "B", Valle Grande "A", Valle Grande "B", Palcamayo, Arocagua.

Esta devastación preocupa a las familias, especialmente a las personas de mayor edad. Octavio Choque, un comunario del sindicato Arocagua, recuerda que la situación era distinta décadas atrás: "En tiempos remotos las inundaciones no eran de gran magnitud, como hoy. Los comunarios de ese entonces

no realizaban chequeo ni la tala excesiva de árboles”.

Los factores descritos por Choque son comunes en esta provincia. Aquí se observa, además de la:

-excesiva tala de árboles y chequeos en amplias extensiones de terreno. (deforestación y destrucción del suelo);

-extracción de tierra de los ríos que desestabiliza los lechos de las aguas;

-contaminación ambiental provocada por el exceso de humo (chequeos), falta de flora y agua acumulada en lugares inadecuados.

Al respecto, el comunario Luciano Ferrufino, del sindicato Arque, comentó: “Las inundaciones causadas por las lluvias y el aumento (del nivel de los) ríos provoca pérdidas y perjuicios (para los productores)”

Este escenario se repite anualmente y, en los últimos meses, la situación no ha sido diferente. En las primeras semanas de 2021, decenas de familias quedaron afectadas por las inundaciones.

Dada esta realidad, los comunarios esperan que las autoridades apoyen la construcción de obras de protección de las tierras, para prevenir nuevos daños cuando las aguas crezcan y se vuelvan incontrolables.

